

REGALO DE CUMPLEAÑOS

En el preciso instante en el que Paco Pinzas, gestor de remedios imposibles, se aprovisionaba de formol y naftalina, Ricardo llamaba, primero a su mujer, y luego a la empresa de mudanza.

Eva no lo tomó en serio, como siempre, y aprovechó para decirle que no la esperase a comer, pues había pedido cita de urgencia con su terapeuta tántrico al notarse durante el desayuno el corazón algo cardiaco y los biorritmos intermitentes. Omitió mencionar que también le dolía el aliento y le olía la mirada a un nuevo perfume que diseñaría meses después y que, con un poco de suerte, les serviría para cancelar la hipoteca. Todos los martes le sucedía igual, cuando no era una dolencia, se trataba de otra, pero siempre coincidían sus síntomas con los del paciente protagonista de la serie televisiva que les entretenía las vísperas nocturnas.

La señorita de la empresa de mudanza se mostró cortés al principio, educada en la segunda fase de la conversación, recelosa en el nudo y abiertamente desagradable en el desenlace, si es que mereciese tal nombre la furibunda mención que la virago tuvo para con la prosapia en línea directa y colateral de Ricardo hasta el cuarto o quinto grado de parentesco, refocilándose con acrimonia al atribuirle a sus ascendientes ocupaciones laborales execrables, tales como meretrices, inspectores de la SGAE o políticos. Cualquiera otro día podría haber perdonado la nesciencia e inverecundia de la que acababa de colgarle el teléfono, pero no en su cumpleaños. Así que ensayó una locuela creíble y marcó el mismo número, pidiendo hablar con el gerente. Éste se le antojó un aborto de tenor vanílocuo, burdégano de menos letras que la sopa del asilo, que le dio la razón en todo sin ofrecerle solución alguna. Al menos fue sincero al admitir que de momento no podría trasladar su queja al propietario de Mudanzas Antitardanzas debido a que sólo hablaba con él los jueves de cinco a seis, que tal era el magro horario de llamadas establecido en La Moraleja. Por espuria habría tomado semejante explicación si no supiese que La Moraleja era el equívoco nombre que recibía el centro penitenciario radicado en Dueñas. Ante tal panorama optó por poner el caso en conocimiento de la oficina municipal de información al consumidor, pues alertar a la policía le parecía utilizar palabras mayores. El funcionario recoquín, que a duras penas dejaba ver su consumada alopecia tras el mostrador de la espelunca del ayuntamiento donde tenía su sede la OMIC, escuchó con atención su caso para rebelarse en cuanto pudo como un tarabilla que hablaba por boca de ganso. Le

propuso rellenar los impresos B-2 y C-9, aguardar diez días, presentar los modelos F-5, A-8 y V-6 si el consistorio admitía su reclamación, y el T-1 en caso contrario; dejar pasar un mes para ver qué resolvía la Consejería de Industria y en el caso de que considerara justa su petición volver a rellenar el B-2 y el C-9, pero en esta ocasión con letra de pendolista y de derecha a izquierda. Si el Director General maduraba una medida beneficiosa a sus intereses, bien por justicia, bien porque se hubiese levantado aliviadas las apetencias carnales por la becaria de turno, pasaría el expediente a la Junta de Arbitraje, organismo que le haría rellenar tantos documentos fueran necesarios para completar la combinación del abecedario con los números naturales. A partir de ese momento y en un plazo máximo de dos meses obtendría una respuesta definitiva.

- ¿Y en qué puede consistir esa respuesta definitiva? –inquirió Ricardo sin poder ocultar su angustia.

- En que la Junta decida llamar a capítulo a la empresa supuestamente infractora o no. Ahora bien, le advierto desde ya que ninguna empresa está obligada a atender los requerimientos de la mediación de arbitraje.

- Pero, ¿los suelen atender?

- Nunca..., bueno, miento, hay una agencia de viajes que sí se presenta a los arbitrajes, pero eso se debe a que la administrativa es rumana y todavía no se maneja bien con el castellano. No la cambian porque aunque le den la razón al denunciante -que, entre nosotros, siempre se la dan- el denunciado es libre de cumplir o no la sanción.

- ¡Acabáramos!- no fue capaz de reprimir un grito-; ¿para qué sirve, entonces, esto?

El funcionario lo miró con suficiencia, engoló la voz, se aupó lo suficiente sobre la butaca para que su rostro quedase visible para cuantos aguardaban en la ringla y, como quien se perezca por distinguirse, espetó:

- Si es usted de los que piensan que sólo ha de existir lo útil, no es digno de pisar el suelo de la Administración Pública, no se la merece, así que haga el favor de marcharse.

Era su cumpleaños, de manera que no iba a consentir otro atropello, y menos de quien debiera de velar por sus intereses. Pidió una hoja de reclamación (impreso modelo KK-10), la rellenó a conciencia y, rozagante, en voz lo suficientemente alta para ser oído por todos los presentes, preguntó que dónde debía presentarla. El recoquín, sin mirarlo siquiera, se regodeó: “Puede echarla en el buzón de la derecha o, si prefiere ahorrarnos el trabajo, tírela directamente en la papelera de la entrada”.

No le dejaban otra salida, acudiría a la policía. Quiso antes, sin embargo, cerciorarse de que no estaba siendo víctima de un espejismo, por lo que regresó a su nuevo domicilio y, con el alma en vilo, caminó hasta el salón. ¡Allí permanecía el origen de su desasosiego! Para colmo de males la mucama había hecho acto de presencia y le preguntaba con toda naturalidad: “Su señor padre se quedará a comer, ¿cierto? No he querido despertarlo, se le ve tan a gustito...”. ¡Lo que le faltaba!, que le sacaran parecido.

El inspector comenzó a leer en su presencia, sin el menor atisbo de asombro, la declaración que le había tomado el policía en prácticas, lo que contrarió sobremanera a Ricardo: “El chavalín es nuevo en estas casas y entiende que debe darle prioridad a tonterías como la suya, pero ya aprenderá a separar el polvo de la paja, ya, en dos meses le quito fácil el pelo de su dehesa”, sentenció mientras arrugaba el folio y lo encestaba sin rebote en la caja del papel reciclado.

- Pero ¿qué hace?

- Evitarle muchos disgustos, caballero, créame.

- No, no lo ha entendido –balbuceaba-, le habrán redactado mal el informe.

- La prosa del manzanillo, sin ser un paradigma de aticismo y pecar de superfetación, tampoco es caliginosa. He entendido perfectamente...

- ¡No le ha dado tiempo a leer nada...! –interrumpió, mazorral y desafiante.

El inspector sacó del bolsillo de la camisa un cuadernillo de letra apretada y el dibujo de Blancanieves con el enanito Gruñón estampado en las tapas y escribió: “...sin ser un paradigma de aticismo y pecar de superfetación, tampoco es caliginosa...”, no queriendo olvidar ni una palabra de la frase tan redonda que había compuesto. Sobre ella rezaba: “Cualquier dicitario que se lance contra esta comisaría sólo puede provenir de estólidos a quienes no importe causar dolores terebrantes a la sociedad”. Esa otra la pronunció el día de la bienvenida de los nuevos policías y era, de todas las que tenía apuntadas en su libreta, la que más le satisfacía. Cerró la libretita, suspiró, chasqueó la lengua, arqueó las cejas, se hurgó con un portaminas la oreja derecha, carraspeó, y cruzándose de brazos, admitió:

- Está bien, instrúyame de viva voz, hoy es el cumpleaños de mi mujer y me ha pillado de buenas.

Tentado estuvo Ricardo de hacerle notar la coincidencia de aniversarios, mas ni su ánimo ni el gesto impaciente del policía lo animaron. Sintetizó que la empresa que le acababa de hacer la mudanza había dejado olvidado en un sillón orejero, no sabía si por equivocación o adrede, el cuerpo muerto (evitó mencionar la palabra cadáver) de un señor

mayor de luengas barbas, gastado traje de pana y zapatillas de paño a cuadros. Añadió que en Mudanzas Antitardanzas no se hacían responsables de nada, si bien le daban la razón en todo. Apostilló que ni su mujer ni su hija estaban enteradas de tan infeliz incidencia (su señora lo había oído, mas no escuchado, fiel a su costumbre).

El inspector, proclive a los flatos de la voz, asintió.

- Le he concedido el beneficio de la duda y me he equivocado, como siempre que confío en la bondad del género humano. Había entendido perfectamente antes de oírle, de modo que mi tiro libre a la papelera no tiene vuelta atrás...

Carraspeó para disimular la exoneración de gases a que su organismo lo obligó, empero ni el romadizo de Ricardo evitó que al poco éste tuviese constancia de la incontinencia del sieso de su interlocutor.

- ...Tanto si es cierto como si no lo que me cuenta, lo veo jodido, hablando en román paladino. Primero, porque si no me falla la memoria, el propietario de Mudanzas Antitardanzas está preso por un delito contra la salud pública; amuebló una mansión del siglo XVIII con toda clase de animales de corral, convirtiendo el palacete en zahúrda, y el mobiliario barroco que le correspondía lo llevó, según testificó, a una chabola de La Celsa, cuyos propietarios lo vendieron antes de que nadie se percatase del error. El juez le dio una propina de dos años por insistir durante el juicio en mantener que se trató de una equivocación. Segundo, el figura en cuestión contrata para sus servicios a pobres infelices sin papeles a los que nunca paga, de tal suerte que cada traslado es realizado por personas siempre distintas, con la consecuencia lógica de que no habrá forma de encontrar testigos. Tercero, es el cumpleaños de mi mujer y todavía tengo que pensar alguna frase bonita -al decir esto se llevó la mano a su cuadernillo- y pensar un regalo apropiado.

La pituitaria de Ricardo todavía andaba resentida, y por esos arcanos de la fisiología, las miasmas parecían haberle afectado también a su capacidad de reacción, por lo que sólo atinó a farfullar: “¿Y qué hago entonces?”. El inspector, con desgana, insistió en que su mejor opción sería abandonar cuanto antes la comisaría, pues ya estaba cansado de los listillos que, queriéndose ahorrar el dinero de un entierro digno o la calderilla de una indigna cremación (había quienes quemaban a sus difuntos políticos en el patio de casa con pastillas de barbacoa), denunciaban, como él, la misteriosa aparición de cadáveres desconocidos en sus casas o, incluso, dentro de sus coches. “Se comenzó abandonando a los abuelos en gasolineras durante las épocas vacacionales, y hemos acabado no queriendo hacernos cargo de los *cuerpos presentes* de nuestros propios padres, ¿dónde vamos a llegar?”, recapituló, por fin. Ricardo recordó, entonces, con pánico, el equívoco en el que

había incurrido la asistenta al confundir al cadáver con su padre, y ya se vio pasar de denunciante a denunciado. Agradeció la atención prestada y se disculpó ante el policía, haciendo mutis por el foro. Al policía en prácticas le faltó tiempo para entrar a curiosear en el despacho del jefe:

- ¿Cómo ha sabido que se trataba de una denuncia falsa? –se apresuró a preguntar.

- La experiencia y este olfato de sabueso que Dios me regaló...

Entendió el manzanillo que la alusión al olfato era metafórico, de otro modo el inspector se habría percatado del consuntivo olor a ventosidad que reinaba en la estancia.

- ...Ya tengo mucho visto en estas casas, y cuando alguien viene con trenos jeremíacos lo primero que hago es desconfiar. En este caso lo determinante ha sido el apellido del aprovechado y la ausencia de violencia en el cadáver. Conclusión: muerte natural.

El muchacho buscó el apellido, Borriquero, el denunciante se llamaba Ricardo Borriquero. Eso lo explicaba todo. Eso y el hecho irrefragable de que la policía no estaba para ocuparse de muertes naturales.

Ricardo regresó a casa cavilando si el muerto podría ser familia de su mujer, que hubiese fallecido durante alguna visita y hubiera quedado olvidado en el trastero, siendo rescatado por los operarios de la mudanza. ¡Eva era tan despistada!, había olvidado incluso su cumpleaños, empero eso era lo que menos le preocupaba en el momento presente. Descartaba lo del olvido del cadáver atendiendo a dos razones: su mujer había sido expósita de las Concepcionistas y carecía, por ende, de parentela masculina –quienes trasteaban que podía ser hija de sor Tílega y del arzobispo de Mondoñedo jamás pudieron probarlo, como tampoco pudieron los que atribuían la paternidad al mencionado arzobispo y al arcipreste de Tuy-; y el cuerpo no hedía ni presentaba trazas de incorruptibilidad. Olía, con mucho, mejor que el despacho del inspector.

La única sorpresa grata –y efímera- del día la recibió al comprobar que el muerto había desaparecido del salón. ¿Podría haberse tratado de una alucinación colectiva?, se preguntó. Emerifloryaidisleindaisdis, la empleada dominicana, desbarató su esperanza:

- A su señor padre no hay quien me lo despierte, recién lo llevé al cuarto de la niña y vea cómo pesa –canturreó con su acento caribe.

Ricardo corrió y encontró a la niña de sus ojos pintando de fucsia las uñas del difunto. El muerto continuaba muerto. Le había adornado la barba con lazos amarillos y

abalorios plateados, y en las orejas lucía enormes pendientes del traje de sevillana que los Reyes Magos le trajeron a la niña.

- ¿Me lo puedo quedar?, ¡papi, porfi, papito!, ¿me lo puedo quedar?, ¡di que sí, anda, papi! Está muy blandito y no protesta, ¡porfi, porfi, porfi! ¡Di que sí y no volveré a pedir por mi cumple a la Barbie Lesbiana Embarazada!

El padre compuso un gesto inclasificable que la niña interpretó como duda, motivo por el que ofreció más razones para forzar la decisión a su favor:

- ¡Ni tampoco a Kent Promiscuo Sifilítico!

Lo que salió de la boca de Ricardo no fue grito, sino rugido:

- ¡Floooooooooooooor! –por una cuestión práctica, que a la mucama se le antojaba trato despersonalizante por parte de los patronos, así llamaban a Emerifloryaidisleindaisdis- , ¡ven y llévate esto de aquí ahora mismo!

La chica se presentó al momento, bamboleando su generosa grupa con síntomas evidentes en sus labios y en su pechera de haberse visto forzada por la andorga a devorar aprisa y corriendo la ración de la señora de la casa, ocupada con su terapeuta tántrico.

- ¿Qué fue? –atendió mientras limpiaba las migas de su escote, digno de un pormenorizado estudio teratológico.

Ricardo recapacitó y consideró más acertado sacar de allí cuanto antes a la niña:

- Cielo, ve a la cocina y comienza a comer, que enseguida vamos. Ya hablaremos de esto más tarde.

Evita obedeció repitiendo *porfiporfiporfiporfi* hasta que llegó a la cocina y descubrió su entrante favorito, canapé sin miga ni corteza de agujeros de aceituna. Era lo único que comía a gusto desde que por su santo le regalaron a la Barbie Anoréxica.

- Flor, este señor no es mi padre y, además, está muerto.

A la dominicana le afectó mucho más enterarse de que aquel venerable anciano no era de la casa que saber de su condición de cadáver.

- Dizque no se quedará a comer, pues.

- ¡Pues claro que no, Flor!, ¡está muerto!

- Entonces, dígame, ¿lo llevo al salón o lo tiro? –muñó la mujer.

A Ricardo se le iluminó el semblante. ¡Eso era! La lábil minerva de Flor había dado con la perfecta solución. Como nadie podría relacionarlo con él (el inspector había dejado bien claro que no se ocupaba de muertes naturales) lo más sensato sería depositarlo en el contenedor de la basura en un ejercicio de primoroso manfutismo.

No queriendo que el tono de voz delatase su nerviosismo, ordenó a Flor que cubriese el cuerpo con bolsas de basura y lo tirara lo más lejos posible. Le sugirió que para trasladarlo se sirviera de los carritos de la compra del cercano supermercado. Como quien no quiere la cosa añadió que lo hiciera de inmediato, presuponiendo que al mediodía apenas habría molestos testigos por las calles de la urbanización.

Tras los postres, guanábana bañada en soconusco, se prometió una tarde de apacible trabajo. Despidió a la doméstica y a su hija, quienes partían con sendos cabás a clases de danza del vientre, cultura china, violín, *petit point* y macramé nivel iniciación, respectiva y alternativamente y viceversa, y se sentó frente al ordenador a concluir unas correcciones que tenía que entregar sin falta esa misma semana. A fin de cuentas así se ganaba la vida, como corrector ortotipográfico y de estilo, engordando los ingresos con lo que sumaba la faceta de diseñadora de perfumes de su señora. Pensó sin oficio que en el despacho del inspector Eva habría encontrado la fuente de la anti inspiración.

En la pantalla de inicio se vio sorprendido por un mensaje parpadeante: “Feliz Cumpleaños. Espero que te haya gustado el regalo. El Justiciero”. Se trataba de un virus, sin duda, pero ¿quién se habría molestado en felicitarle maquinando una infección informática? Sin solución de continuidad sonó el timbre. Bajo el dintel de la puerta del porche encontró a dos empleados municipales del servicio de recogida de basuras con el cadáver a medio desenvolver. La figura poco dada al camuflaje de Flor empujando un carrito con sospechosos bultos negros habría llamado la atención de algún chivato.

- ¿Ricardo Borriquero?

- El mismo.

- Aquí le dejamos esto –y, sentado contra la pared, colocaron el muerto, al que ya se le iba notando el livor, bien por la descomposición, bien por los golpes y el traqueteo -. Como es la primera vez sólo recibirá un apercibimiento, si reincide no podrá tirar la basura ni en esta ciudad ni en ninguna lindante hasta treinta kilómetros por espacio de un año. Sepa que si deposita muebles junto a los contenedores ha de avisar con antelación al servicio de reciclaje del ayuntamiento. De la recogida de animales muertos se ocupa la Protectora de Animales, pero de la de seres humanos exánimes nadie, porque todavía no hay la suficiente demanda. Quede con Dios, buenos días.

- ¡Un momento! –protestó- ¿Y por qué me dejan esto aquí? No es mío.

- No será suyo, pero en el bolsillo hay una nota en la que pone bien claro: “A la atención de Ricardo Borriquero”. ¡Ah!, y le felicitan el cumpleaños.

Ató cabos, ya sabía de quién podía provenir semejante venganza, del mismo que le enviaba el virus informático.

- ¡Disculpen! ¿No podrían hacer la vista gorda? Me refiero a que si se llevan el muerto a otro sitio y se olvidan de la nota yo podría recompensar su deferencia.

- Ha tenido mala suerte, si estuviesen de turno los interinos seguro que se lo hacían, pero nosotros somos funcionarios de carrera y desde hace un par de años todo ayuntamiento que se precie destina una parte importante de sus arcas a pagar a su personal lo que antes eran sobornos y chanchullos varios, de manera que ya no nos tenemos que preocupar de buscar un sobresueldo de forma ilícita. Con Dios.

Arrastró el muerto hasta el zaguán y se dirigió al ordenador con paso de cordero llevado al matadero. El Justiciero no podía ser otro que el vecino *hacker* que estuvo pirateándole durante meses la señal de internet y metiéndole troyanos en el ordenador. Creía haberlo escarmentado bien, mas ya veía que donde no había mata, no podía haber patata. Tiempo atrás se dedicó a esculcarlo en sus salidas motorizadas y cuando comprobó la rutina de la que era deudor, lo siguió a distancia en su vespa, camuflado bajo el casco y, si se paraba cinco o diez minutos sin pagar el preceptivo ticket de la ORA, aprovechaba para buscar al controlador correspondiente y espetarlo: “Oye, chulito, he aparcado mi Renault Clio allí mismo, voy a estar un par de minutos, por lo que no voy a pagar, así que ni se te ocurra ponerme multa o me cisco en todos tus muertos”. Normalmente con eso bastaba para que el empleado corriese hacia su coche –que, en realidad, era el del vecino-, para multarlo. Si topaba con un buenazo y éste intentaba apaciguar su tono razonando que por un par de minutos no era necesario visitar la máquina expendedora de tickets, Ricardo tensaba la situación añadiendo: “Bueno, pero por si acaso, porque como te veo pinta de perdulario y enteradillo, prefiero no fiarme y avisarte. Así que, si eres hombre, vas y me multas”. De cinco provocaciones logró seis multas. El vecino no daba crédito, jamás lo habían multado por estacionar en tan breves lapsos de tiempo, y esa tarde acumuló seis denuncias. Y lo peor fue que surtió efecto el corporativismo de los controladores, y unos a otros pasaron aviso del Renault Clio matrícula tal, propiedad de un deslenguado perdonavidas al que había que escarmentar. El Justiciero tuvo que olvidarse de utilizar el coche durante meses, ya que incluso lo multaban en el infinitesimal intervalo en el que iba a la máquina para pagar lo establecido, aunque fuese a estar tres minutos.

¡Bien le había devuelto la jugada!, ¡corregida y aumentada! Debía reconocer que lo había debelado en mala lid, y que no le quedaba más remedio que minimizar los daños. Tecléo en el buscador de internet la frase que juzgó más atinada: “¿Cómo deshacerse de un

cadáver humano?». En menos de un segundo obtuvo ochenta y cuatro mil doce páginas de referencia. Leyó la primera y al deletrear ácido sulfúrico y desmembramiento cayó en la cuenta de que tenía que refinar la búsqueda, por lo que añadió a la frase inicial las palabras “de forma lícita”. En esa ocasión sólo consiguió dos enlaces: la página de la Facultad de Medicina de Albacete y la de la Asociación de Amigos del Buitre Leonado; ambas con sus teléfonos de contacto. Llamó al primero y lo desalentaron sin miramientos, desde el inicio de la crisis había crecido tanto la oferta de cadáveres para experimentación y estudio que se habían visto obligados a exigir un mínimo de requisitos dictados por los veleidosos caprichos del alumnado; a no ser que el finado frisase en los treinta, poseyese ojos azules, cabellos rubios y medidas apolíneas o, en su defecto, brutal parecido a Brad Pitt, las posibilidades de ser admitido se acercaban al cero, con el agravante de que si uno se arriesgaba, pese a todo, a enviar su muerto particular por si colaba, con resultado negativo, tenía que asumir el escandaloso coste del envío de ida y de vuelta. En esa facultad, pensó Ricardo, predominaba el estudiantado femenino u homosexual. Los Amigos del Buitre Leonado se revelaron mucho menos selectivos, admitían a portes debidos la remisión de cualquier cadáver para ser empleado como soporte alimenticio de las aves (vulgo carroña) siempre que fuera acompañado del correspondiente certificado médico en el que se asegurase que el cuerpo no padecía enfermedad infecto-contagiosa alguna. Su gozo en un pozo. Tenía que idear algo antes de que regresase su mujer, o de lo contrario le sobrevendría tal crisis de ansiedad que necesitaría de los cuidados de su terapeuta tántrico hasta límites que el bolsillo no aguantaría. Ricardo consentía las infidelidades de su esposa por dos motivos, porque ella ni siquiera sabía que le era infiel, y porque se las cobraba con gusto visitando a la cónyuge del terapeuta, a la que le daba lo que el marido no podía por acabar exhausto tras tanta paciente impaciente. Lo único doloroso era la minuta del profesional de la sanación a través del sexo. Que alivien los ardores uterinos de la propia parienta –pensaba Ricardo-, puede admitirse en según qué circunstancias, no obstante, que además haya que pagar por ello ya clama al cielo.

El tiempo corría en su contra. Se encomendó de nuevo a Google, universal y todopoderoso vademécum de la clase media, tecleando expresiones como “situación comprometida”, “urge solución”, “la vamos a liar parda”, y pulsó el extinto botón de *voy a tener suerte*. La tuvo. Conoció varias webs de Santa Rita y la de Paco Pinzas, *gestor de remedios imposibles, (grandes descuentos para socios del Atlético de Madrid)*. Ese nombre le sonaba, ¡por supuesto!, había encontrado una tarjeta de visita suya en el buzón esa misma mañana.

La broma le salió por un pico, pero quedó de todo punto satisfecho con el trabajo del solucionador Paco Pinzas, quien, rasgo curioso,apestaba a formol y naftalina. Llegó a su domicilio antes de terminar la conversación telefónica, escuchó cuanto le contó Ricardo, tomó sus notas, recomendó eutimia y sofrosine, exigió el pago adelantado de sus honorarios y se llevó a cuestas al ya papandujo cadáver. “Ni usted me conoce ni esto ha sucedido. Síndéresis, ante todo síndéresis, por más que sea ésta virtud obsolescente”, aconsejó. Tal frase habría merecido figurar en el cuadernillo del inspector.

Ricardo Borriquero nunca volvió a saber del muerto.

Durante la cena Eva achacó su inapetencia a los alifafes valetudinarios sumados al cansancio por tanta gimnasia tántrica. Ricardo ironizó, algo molesto por el olvido de su cumpleaños: “Quien te oiga se va a pensar que has estado todo el día aliviándote la concupiscencia”. Eva no tenía malicia ni sentido del humor (tampoco mucho conocimiento), por lo que despachó el comentario con un mohín de hastío, a lo gran señora. Evita aplacó las hambres con la sombra de un filete empanado y el jugo de una pasa. Cuando Emerifloryaidisleindaisdis sacó a relucir el asunto del muerto, y la niña se puso pesada con que quería que se lo devolviesen porque tenía que depilarle las cejas y quitarle un poro negro de la nariz, la madre no aguantó más y se marchó a dormir. “No sé quién es más fantasiosa, si la niña o Flor”, se irritó. Al poco, Ricardo se vio solo en la mesa (la mucama se había encargado de engullir con presteza los sobrantes de los platos para acostar a la pequeña), y se arrepintió de haberse desprendido del cadáver, con gusto lo cambiaría por aquel trío valleinclanesco que había olvidado su cumpleaños.

A esas mismas horas, no muy lejos de allí, la esposa del inspector descubría un regalo enorme en su rellano. Antes de abrirlo resolvió que su Adolfo se había excedido, fuera lo que fuese lo que hubiera en el interior del paquete. Su Adolfo, ajeno a todo, todavía componía la frase perfecta para obsequiar a su mujer cuando escuchó un grito horripilante procedente de la entrada.

Paco Pinzas había tenido la precaución de echar en el buzón del policía su tarjeta de visita, al igual que hiciera en el del *hacker* y en el de otros antes. Probablemente el inspector necesitaría de sus servicios, y él ya le había cogido la medida a su difunto abuelo después de siete traslados. Tarde o temprano tendría que gastarse los cuartos en su entierro, sí, pero hasta entonces, ¡menudo rendimiento le estaba sacando al cadáver!

Seudónimo.- Paco Pinzas